

cual es su obra más completa, por la sonoridad del verso, la dulce tristeza que todo él trasciende, la sinceridad absoluta del alma, puesta a tono en estrofas bellas como ningunas:

¡Señor! ¡Señor! El pájaro perdido
puede hallar en los bosques el sustento,
en cualquier árbol fabricar su nido
y a cualquier hora atravesar el viento.

Y el hombre, el dueño que a la tierra envías
armado para entrar en la contienda,
no sabe al despertar todos los días
en que desierto plantará su tienda.

Dejas que el blanco cisne en la laguna
los dulces besos del terral aguarde,
jugando con el brillo de la luna
nadando entre el reflejo de la tarde;

y a mí ¡Señor! a mí no se me alcanza
en medio de la mar embravecida,
luchar con la ilusión y la esperanza
en esta triste noche de la vida.

Toda la composición es de este mismo tono de extra-humana dulzura y cuando ha vertido en ella el sentimiento que le embarga, acaba:

¡Tengo, Señor, el alma adolorida
por unas penas que no tienen nombres,
y no me culpes, no, porque te pida
otra patria, otro siglo y otros hombres.

Que aquella edad con que soñé no asoma,
con mi país de promisión no acierto.
Mis tiempos son los de la antigua Roma
y mis hermanos, con la Grecia, han muerto.

Cuando partió de la Habana para Nueva York fué que escribió el primer nocturno de la serie. Es casi todo descriptivo de la partida, hasta las últimas estrofas en que se eleva a contemplar la situación de su país esclavizado, que le obliga a buscar asilo en tierra extranjera. Acaso sea más perfecto que el anterior; pero indudablemente que llega menos al alma.

El tercer nocturno es una oda al mar. No era, ciertamente, Zenea, el poeta de las odas. Cualquiera de sus soberanas estrofas se puede dar por una oda suya entera; no obstante, en ésta, sostiene el vuelo lírico, y no se queda por debajo ni de Byron, ni de Espronceda, ni de Heredia, en cantos sobre igual tema.

En algunos pasajes de ella encuentro semejanza con expresiones de un dulce poeta español, que cantó con ferviente entusiasmo a la montaña: hablo de José María Gabriel y Galán. Por ejemplo, donde éste dice:

Por tus gargantas hondas
rodó el torrente flagelando peñas
hinchando espumas y mojando frondas...

Y donde Zenea exclama:

Por las costas risueñas
del hemisferio Occidental corriendo
ibas a acariciar con ronco estruendo
las duras rocas y las calvas peñas...

La estancia de Zenea en Nueva York se hizo imposible con la quiebra de sus negocios, para los cuales no tenía, ni pizca, de disposición, y entonces, enviado a buscar de Méjico por su amigo el poeta cubano Pedro de Santacilia, allá se trasladó.

Esta tierra, asilo siempre, de cubanos en exilio, lo recibió calurosamente. Se hizo conocer como escritor y sus poesías corrieron por todo el territorio, aplaudidas y admiradas.

Allí fué donde supo la muerte prematura de Adah

Menken, ocurrida en París, y entonces escribió su famosa elegía de estrofas que serán eternas:

No sé do llevará la barca mía
la onda, el viento, el que la mar gobierna,
ni dónde el ancla arrojaré algún día
desde esta orilla hasta la orilla eterna.

Mas dónde quiera, respondí, ni glorias,
ni dicha, ni pesar, tormenta o calma,
borrarán de mi mente tus memorias
e irás conmigo, en lo mejor de mi alma...

Era Zenea de condición andariega y no pudo permanecer en Méjico mucho tiempo. Llegaron los rumores de la próxima revolución cubana y se dispuso a partir para su tierra, como soldado. Al irse de Méjico, escribió el cuarto y último nocturno de la colección.

Dice Don Marcelino Menéndez y Pelayo que Zenea tuvo más de poeta francés que de español. Esto era cierto. Zenea buscó la inspiración primero en Lamartine y luego en Musset, no sólo por afinidad psicológica; sino por cierto resentimiento patriótico que lo hacía huir, hasta de los poetas que pertenecían a su literatura, si provenían de España.

Pero así y todo, en el cuarto nocturno se manifiesta tan castizo, tan suave, sonoro y majestuoso que se afirma como un gran poeta castellano, y trae recuerdos del más clásico de los poetas clásicos; de Garcilaso:

Y tú también ¡oh dulce Cauto mío!
cuya margen lozana
lirios adornan y embellecen rosas...

Por primera vez en su vida se había dedicado Zenea a trabajos de índole erudita. En Méjico preparaba una colección completa, documentada y anotada, de las poesías de Heredia, cuyo texto quería acompañar hasta de las traducciones que se habían hecho de los versos del poeta a otros idiomas y los juicios literarios que de todas partes se habían lanzado sobre su obra. Este trabajo quedó trunco por improvisado viaje.

Se puso, pues, en camino para Nueva York, desde donde pensaba ir a la Habana en alguna expedición de las que saldrían de allí con toda certeza.

La revolución había estallado en Cuba el 10 de octubre de 1868 y los Estados Unidos, parecían dispuestos esta vez a auxiliarla. El General Grant, su Presidente, observaba una política de simpatía, que luego resultó un fracaso; pero que por el momento contemporizaba con la propaganda revolucionaria y permitía el acopio de recursos y la salida de expediciones de guerra.

Un cargamento famoso debía salir de Nueva York, en el vapor Lilliam, de la propiedad de la Junta Revolucionaria Cubana, bajo la jefatura del que después fué glorioso mártir, Domingo Goicurúa, del que figuraba como secretario Juan Clemente Zenea.

El arrojo y la intrepidez de su jefe llevó a la ruina la expedición. Desorientados en alta mar, tomaron distintas resoluciones contrarias, varias veces, hasta que inesperadamente el Lilliam cayó en poder de un buque de guerra inglés.

Zenea volvió, abatido, a Nueva York, donde se dedicó al periodismo. En *La Revolución*, periódico que dirigía Enrique Piñeyro, de que se hizo redactor, continuó su interminable lucha patriótica.

Entre tanto, después de largos años de firme contienda, la guerra separatista, triunfante por sus hechos de armas, se iba hundiendo por las discordias intestinas de sus jefes...

EMILIA BERNAL.

(Concluirá en el número próximo).